

gritar por las calles y a apedrear los monumentos venerables. Como el artista de la parábola del Wilde, que sólo tenía bronce para hacer una estatua, nosotros tenemos poca admiración, escasa comprensión, y necesitamos fundir los ídolos de ayer para forjar con el mismo material de entusiasmo los ídolos de hoy. Entre nosotros, las escuelas literarias y las generaciones se odian, lo que prueba que estamos intoxicados de vanidades, que sufrimos violencia de pasiones y debilidad de pensamiento.—D. PERRY B.

<https://doi.org/10.29393/At144-134ATPD10134>

### LOS PROBLEMAS DE LA DEMOCRACIA

En este ensayo de Julio Navarro Monzo, de quien dijo Keyserling: «Yo creo que la labor de este hombre puede ser una bendición para la América del Sur», haremos resaltar antes que nada el alto sentido de la responsabilidad del intelectual frente a los problemas de la época que demuestra. Porque Navarro pone su cultura e inteligencia al servicio de la interpretación de los fenómenos económicos, sociales y políticos, sobre todo en relación a los países indoespañoles. Esta actitud suya acusa lealtad al medio en que actúa, porque afirma e indica la imperiosa obligación que tiene el intelectual americano de estudiar sus problemas continentales, clarificarlos y clasificarlos dándoles su correspondiente jerarquía, buscándoles su solución más adecuada.

Empieza Navarro refiriéndose a la inestabilidad de las repúblicas sudamericanas y a sus constantes revoluciones, de las que no se ha escapado ningún país de origen hispánico, siendo una de las características que en Europa más se han prestado para las sonrisas y los sarcasmos. Sólo tres naciones se escaparon durante largo tiempo a esta fiebre endémica: Brasil, Argentina y Chile. Pero desde la caída de Pedro II, el Brasil; desde

el derrocamiento del Presidente Alessandri, Chile y desde la subida al poder del general Urriburu, la Argentina, siguieron el ritmo de las demás repúblicas. Es necesario, sí, reconocer que la Argentina sin la continuidad que el Brasil y Chile, que han tenido durante breves años numerosos cambios violentos de gobierno.

«La América Latina es, efectivamente, un conglomerado de pueblos descontentos, inquietos, aspirando inconscientemente a algo que rarísimos son los hombres en su seno que sabe en qué consiste. Hacer revoluciones parece ser su ocupación predilecta, una especie de deporte que, mirado desde lejos y sin simpatía, puede parecer muy divertido a los norteamericanos y europeos. Pero no es divertido, es trágico. Es la tragedia en el más puro y en el más clásico sentido. Es el choque inexorable de dos fuerzas fatales e igualmente legítimas: una tradición absolutamente contraria, sino conscientemente opuesta a los ideales democráticos; el sueño, transformado en idea-fuerza, de unos cuantos ideólogos generosos y de buena fe que, un siglo hace, creyeron que los países de la América Latina estaban igualmente maduros para la independencia como para la democracia».

Afirma Navarro que una de las causas más fundamentales de esta inseguridad constante de las repúblicas indoespañolas fué la transplatación de doctrinas inadecuadas, por su premura en el traslado, porque en América no existía un terreno apto para recibirla y adoptarlas, en su sentido de utilización continental. Observa también que la encarnación de tales doctrinas extranjeras en ciertos espíritus criollos, la consolidación de tales ideas en la enseñanza universitaria, su exposición en los diarios, en los parlamentos, en los mítines han contribuido a crear un clima ficticio y darle una vida independiente, distante y casi siempre en oposición a la realidad candente del medio, a la verdadera vida de las masas anónimas, las que, sin embargo, a veces toman parte en los conflictos que plantean los ideólogos.

Navarro considera, creemos que muy acertadamente, que

para los pueblos americanos no existe en la actualidad problema más vitalmente inmediato que el problema político, aunque no olvida de manifestar que acaso su solución no dependa sólo de la política. Es indiscutible que la economía influye en los sistemas políticos, sean cuales fueren, y la que siempre los determina, pero no es menos cierto que mientras no se cambien éstos no puede transformarse esencialmente ningún régimen económico, ya que el sistema político imperante orientará su economía sólo en el sentido de que mantenga su predominio como tal, pues transmutaciones económicas radicales le quitarían su continuidad política determinada.

En cuanto al régimen democrático en que se han basado las repúblicas del continente sudamericano, estima Navarro que en vista de sus resultados infructíferos, no obstante un siglo de esfuerzos, debiera hacernos detener a pensar si es en realidad un ideal posible de aplicarlo y si lo es ¿hemos escogido la mejor ruta para su realización? Ahora, si suponemos que ha fracasado, pero después del estudio de sus fracasos, seguimos aún creyendo en su viabilidad, es necesario estudiar, entonces, la manera como puede consolidarse en el porvenir.

Para terminar esta glosa vamos a transcribir unas palabras que debieran tener presentes todos los gobernantes de las repúblicas que se dicen tales: «Si para algo sirve la experiencia histórica, es para una lección que hoy debiéramos tener en cuenta en nuestras costumbres políticas». «Os suplico que consideréis que podéis estar equivocados», decía Cromwell a los fanáticos que lo rodeaban. Igual pedido habría que hacer hoy a tantos liberales que reclaman al mismo tiempo libertad de pensamiento y la muerte de quienes no piensan igual que piensan ellos. La democracia, por su esencia, debiera ser respetuosa de los derechos de las minorías: darles siempre cuando menos, libertad para expresar sus opiniones. Un demócrata debe tener siempre tal confianza en sus principios que, por amor de la democracia, debe respetar hasta los que condenan a la democracia».—A. T.